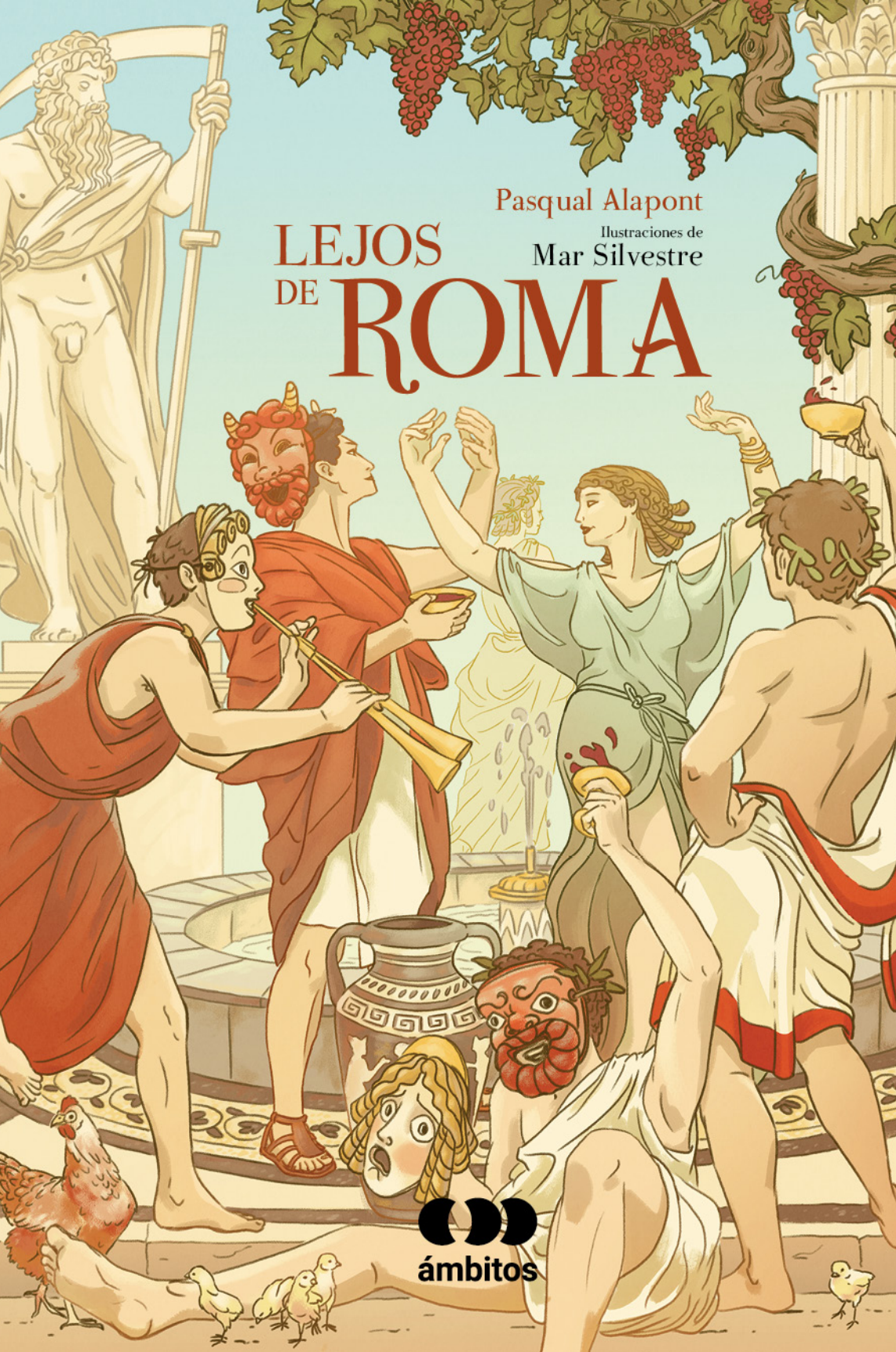
Pasqual Alapont
Ilustraciones de
Mar Silvestre
LEJOS DE ROMA
ámbitos

I

PUERTO DE SAGUNTUM, AÑO 50

Marcelo dio un salto desde el embarcadero y estuvo a punto de tropezar; en una mano llevaba una antorcha y en la otra, la espada. El barco se balanceaba al ritmo de las olas. Marcelo alzó la llama de fuego por encima de su cabeza, pero no vio nada sobre la cubierta. De pronto oyó un ruido que provenía de la bodega de la embarcación.

–¿Has descubierto algo? –preguntó su compañero de la brigada nocturna.

–Ratas –contestó Marcelo–. Continúa la ronda. Luego me reuniré contigo.

Las sandalias del otro resonaron sobre las tablas del embarcadero mientras se alejaban hacia la bocana del puerto, y después se hizo de nuevo el silencio. Marcelo avanzó con los ojos fijos en

la puerta que guardaba la bodega de la nave. Lentamente, pasó al interior y paseó la luz de la antorcha con precaución. La nave llevaba una carga de aceite, vino y salazón preparada para zarpar al día siguiente. Entre los centenares de ánforas alineadas, descubrió a un joven que lo miraba con los ojos muy abiertos.

–¿Qué haces aquí? –preguntó–. ¿Sabes lo que les pasa a los esclavos que tratan de huir?

El joven abandonó su escondite, sin intención de escapar, y se adelantó unos pasos.

–¿Quién te ha dicho dónde estaba? ¿Demetrio?

Marcelo no respondió. La resina de la antorcha empezó a crepitar y saltaron unas chispas que apagó con el pie.

–Es peligroso que nos quedemos aquí, Vitalis. Esto podría prenderse fuego en cualquier momento –dijo–. Mi ronda acaba después de la segunda vigilia. Búscame en la taberna de arriba. Tengo que hablar contigo.

–No sé si podré ir. Soy un esclavo.

Marcelo sonrió.

–¿Querías embarcarte de polizón hacia Massilia y no puedes caminar media legua? Seguro que un muchacho listo como tú sabrá encontrar la manera.

Entonces le dio la espalda y se fue. Vitalis se quedó un momento a oscuras; después, buscó la salida. Afuera el cielo estaba medio cubierto por jirones de nubes, pero la luna creciente brillaba lo suficiente como para orientarse. Vitalis caminó por el muelle. No sabía muy bien lo que hacía allí, pero agradecía a los dioses que Marcelo lo hubiese encontrado. En el fondo, no tenía adónde ir, solo un deseo irrefrenable de escapar. Le llegaron ruidos de unos carros que venían de la Vía Augusta, el chirrido de las ruedas sobre la piedra. Se escondió y esperó. Cualquiera podría preguntarle qué hacía un esclavo vagando ocioso a aquellas horas de la noche; podrían pensar que quería robar en alguna casa, y no tenía ganas de que le diesen una somanta de palos, o, peor aún, de que lo lincharan.

Cuando llegó el momento, Vitalis se dirigió a la taberna que había detrás del fórum. Al retirar la cortina que hacía de puerta, lo invadió el olor a rancio. La luz escasa provenía de unas pocas lámparas de aceite. En un rincón del fondo, unos legionarios cantaban mientras la tabernera les llenaba de vino los vasos. Las espadas con la hoja afilada descansaban en un banco a su lado. Vitalis evitó cruzar la mirada con ellos. En otra mesa, estaba Marcelo en compañía de dos hombres jugando a los dados. El joven se acercó y saludó a Marcelo. Uno de sus acompañantes se rio.

–Te has buscado un muchacho bien plantado para que te caliente la cama –dijo.

Marcelo no se molestó en contestar. Se levantó, puso la mano en el hombro de Vitalis y lo condujo hasta la puerta. De camino, agarró una lámpara y dijo:

–Acompáñame al retrete, que aquí no se puede hablar.

Cerca de la taberna se situaban unas letrinas públicas. No había nadie en el interior. Marcelo

dejó la lámpara en el borde de piedra, se levantó la túnica, se bajó las calzas y se acomodó en uno de los asientos de madera. Mientras defecaba, empezó a hablar.

–Un día te buscarás un problema de verdad, Vitalis. ¿Se puede saber adónde ibas?

El joven se apoyó en el muro de piedra. No sabía cómo explicar la desazón que sentía desde hacía un tiempo.

–Háblame de las montañas de los cántabros –dijo.

–¿Era allí adonde querías escapar? Creía que Demetrio te había enseñado cómo era nuestro mundo. Ibas en dirección contraria –bromeó Marcelo.

Después, dio un suspiro y continuó hablando en voz baja, los ojos fijos en el vacío, como si tuviese una imagen muy vívida en la cabeza.

–Todo era verde, de un color que jamás he vuelto a ver.

Vitalis sonrió y se mostró animado.

–Antes de morir, mi madre me contó cómo luchó nuestro pueblo contra los romanos. Mi padre no se rindió nunca, por eso lo crucificaron, pero murió cantando: libre.

Marcelo negó con la cabeza.

–No, Vitalis, las guerras ya se habían acabado mucho antes de que naciésemos tu madre y yo. Los pocos cántabros que quedaban estuvieron vagando por las montañas durante lustros, atemorizados, muertos de frío y hambrientos. Este es el pueblo que nosotros conocimos. Los legionarios nos capturaron como a alimañas, pero nos hubiésemos entregado con gusto, porque ya no teníamos adónde ir, y fuimos vendidos como esclavos, dispersados por todas partes. Tu padre no...

Entonces se interrumpió.

–Mi padre no qué...

Marcelo se revolvió incómodo.

–Olvídate, Vitalis. Hazme caso, eso no te hará bien. –Luego, exclamó–: ¡Oh, pero qué mal huele aquí! Es mejor que salgamos a tomar el aire.

Cuando estuvieron fuera, camino de la taberna, Marcelo continuó hablando:

–Tu madre y yo estuvimos un tiempo encerrados. No sabíamos lo que sería de nosotros, pero no nos trataban mal, nos lavaban y nos daban bien de comer. Un día supimos por qué. Nos llevaron a un mercado y nos colocaron sobre un pedestal, frente a una multitud que nos gritaba en una lengua que no conocíamos, desnudos, con un trozo de madera colgado del cuello en el que se leía nuestro nombre y nuestra edad. Yo tenía ocho años, y un hombre me compró para trabajar en las minas. Tu madre tuvo más suerte y fue comprada por el comerciante Lucio.

Marcelo hizo una pausa. Las imágenes del pasado se agolpaban en su mente. Vitalis no se atrevió a romper aquel silencio, era la primera vez que Marcelo le hablaba de eso.

–No sé cuántos años pasé en las minas, vestido con andrajos, durmiendo en el suelo, casi sin comer. Los niños éramos valiosos porque podíamos entrar en cualquier agujero de las entra-

ñas de la tierra. Solo nos abandonaban cuando nuestro cuerpo ya no servía para nada. He visto morir a muchos niños exhaustos, Vitalis. Yo mismo me puse enfermo, y mi amo, pensando que no viviría mucho tiempo, me cortó el collar de hierro y me dijo que era libre de ir adonde quisiera. Libre para morir.

A la luz de la lámpara, el rostro de Marcelo parecía tenso. Su voz tenía un tono amargo.

–Pero sobreviví, y recordé el nombre del amo que había comprado a tu madre, y el de su ciudad, Saguntum. Caminé días y días hasta llegar aquí y me arrastré hasta la puerta. Pero la vida no es fácil para un liberto sin patrón. Puedo dar gracias a que el amo Lucio me dio trabajo.

–Parece que preferirías ser su esclavo.

Marcelo miró fijamente a Vitalis, pero apreciaba demasiado a aquel joven como para ofenderse.

–Tú has tenido suerte –afirmó–, has caído en una buena casa. No sabes lo que es morirte de hambre y que te den una paliza por comerte

una fruta medio podrida del cubo de la basura. Nadie diría que eres esclavo por tu manera de vestir ni por la educación que te han dado.

Entonces llegaron a la taberna y se sentaron en una mesa vacía. En ese momento, uno de los legionarios salía de una habitación reservada en compañía de la tabernera. La mujer se ajustaba la túnica con una correa. Mientras continuaba hablando, Marcelo no le quitaba ojo.

–Sí, estoy agradecido a Lucio. Y tú también deberías estarlo; he conocido a amos mucho peores que el tuyo.

–Los hombres de los pueblos cántabros no deberían hablar así –respondió Vitalis con desdén.

Marcelo levantó la voz.

–Ya no existe la tierra de los cántabros: las tropas de Augusto nos destruyeron, y desde entonces tres emperadores se han sentado en el trono de Roma. Todo es ahora una provincia romana, métetelo en la cabeza. Olvídate de lo que te contó tu madre, Vitalis, eso son quimeras.

En ese momento, los legionarios abandonaron el local sin dejar de alborotar, y Marcelo hizo una señal a la tabernera. La mujer se acercó y les dejó un plato de salazón y un cuenco de habas sobre la mesa, y les llenó dos vasos de vino. Marcelo la agarró de la cintura y la sentó sobre sus rodillas.

–No pienses más en las montañas cántabras, Vitalis. Allí solo hay frío y hambre –dijo mientras ponía unos sestercios en la mano de la tabernera–. Ahora podemos llenar la tripa, y, un día, cuando haya ahorrado suficiente dinero, compraré la libertad de Silvia y un pedazo de tierra en algún lugar cálido. ¿Qué dices, Silvia? ¿Te casarás conmigo?

–Claro –respondió ella soltando una carcajada–, pero date prisa en ahorrar tu peculio o no me quedarán dientes.

A continuación, la mujer se deshizo del abrazo y fue a atender a otras mesas. El dueño de la taberna no le quitaba el ojo de encima y no podía parar ni un instante.